

¿Fueron unos idiotas?

Jorge Enrique Robledo

El 20 de julio se conmemoran 200 años del Grito de Independencia. Pero muchos ignoran qué es lo que exactamente se celebra y por qué es tan importante. ¿Independencia de quién y, sobre todo, de qué realidades? ¿Qué tenía de malo no ser independiente? Cuando hacen carrera tantas majaderías sobre las actuales relaciones de Colombia con el mundo, ¿no habrá quien diga —en privado, claro— que fue un error la Independencia? ¿No hubo chapetones que afirmaran que los patriotas eran unos idiotas que estaban por aislar a la Nueva Granada del mundo?

La Independencia consistió en romper las cadenas que sometían a Colombia y a mucho del continente americano al colonialismo español. ¿Colonialismo español? Así se llama

man las condiciones que los ejércitos de los reyes de España, a sangre y fuego, impusieron en América, para expropiarla. La feroz opresión política de los pueblos americanos, excluidos por completo de las decisiones gubernamentales, no fue un fin sino un medio: el objetivo era trasladarle a la Corona cada gota de sudor de los subyugados y cada gramo de sus riquezas naturales. Expresiones como “el suave yugo de su majestad”, con las que se justificaron hasta las peores barbaridades, fueron parte de la demagogia que también se usó para mantener sumisos a los oprimidos.

El imperio español y sus emperadores —como se llamaban a sí mismos porque sus atrocidades las lucían con descaro— no limitaron la explotación al saqueo de los minerales preciosos de América. También les impusieron

a esos pueblos que importaran de Europa, a través del monopolio de la Corona española y a precios exorbitantes, los bienes industriales que requerían. Y la tiranía impuso una condición económica todavía más gravosa: como era clave mantener a los virreinos en el mayor atraso productivo, prohibió construir industrias en América, y las tropas del Rey encarcelaban a quienes se atrevieran a desafiar esas órdenes.

Además de España, también se reconocieron pública y formalmente como imperios, porque se arrogaban el derecho a invadir a otros países, la Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón y Portugal, entre otros. Tan abiertas eran las guerras de rapiña, que las tropas coloniales desfilaban por las calles de las capitales de los imperios cuando partían hacia a otras tierras a matar y saquear.

Hoy, ninguna potencia se define a sí misma como imperio y ningún jefe de Estado se llama emperador. Desde hace décadas, la ONU condena el colonialismo y nadie, por lo menos públicamente, se atreve a defenderlo. Ni siquiera Estados Unidos y las otras potencias, que mantienen como colonias a Palestina, Irak y Afganistán, reconocen que esas son relaciones coloniales. El avance democrático del mundo ya no tolera ciertas desvergüenzas.

Pero también es cierto que, como norma, las relaciones de dominación de las potencias sobre otros países se mantienen, así no los ocupen militarmente. Los especialistas dicen que se pasó del colonialismo al neocolonialismo, es decir, de la relación de dominación abierta y total, con control militar incluido, a la relación en la que el país sojuzgado es aparentemente soberano y libre para decidir, pero en realidad está preso de una telaraña económica y diplomática que le arrebató su derecho a autodefinirse. Y los hechos muestran que los actuales imperios, aunque

prefieren la dominación “pacífica”, no descartan la violencia y la guerra para imponer sus designios.

Henry Kissinger dijo que, “en realidad, la globalización es otro nombre para el papel dominante de Estados Unidos”. Y si se mira la economía colombiana, controlada por los extranjeros y especializada en la producción de materias primas agrícolas y mineras, se recuerda la Corona española. Incluso por un detalle de gran importancia: ninguna norma neoliberal prohíbe que en Colombia se produzcan ciertos bienes industriales y agrarios. Pero quien se atreva a hacerlo, se arruina inexorablemente. Porque las condiciones del libre comercio pueden ser igual o más coercitivas que las tropas del rey de España.

El debate actual se parece al de hace 200 años. El punto no es si Colombia se relaciona o no con el mundo, sino cómo. Y la peor manera de hacerlo es bajo el gobierno de quienes no saben nada o saben “tanto” que entregan la soberanía que nos legaron los patriotas.

La Juventud: baluarte de la Independencia

Manuel Sarmiento

Como reacción al oscurantismo colonialista, germinó en los jóvenes la semilla de la rebeldía que luego se convertiría en una fuerza fundamental para la independencia de la Nueva Granada. Mientras las universidades europeas avanzaban en el estudio de las ciencias naturales, la universidad americana mantenía su carácter confesional y se seguía inclinando por el estudio de la teología y el derecho. Todos los profesores debían tener el visto bueno del arzobispo y del inquisidor más antiguo y los graduados debían jurar fidelidad al rey y a la Iglesia Católica. Era como si las puertas de los colegios estuvieran cerradas a los avances de la humanidad, situación que chocaba con una juventud dispuesta a entender el mundo que la rodeaba.

Guiados por los textos que superaban la censura inquisitorial, los jóvenes de América acudieron a las ciencias naturales para oponerse a la metafísica. A la edad de 25 años (1791) Francisco Antonio Zea publicó en el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* un artículo titulado “Avisos de Hebepero a los jóvenes de los dos colegios sobre la inutilidad de sus estudios presentes, necesidad de reformarlos, elección y buen gusto en los que deben abrazar”, en el que hace una dura crítica a los planes de estudios de la época, a los que califica como propios de las “naciones bárbaras”, refiriéndose a la importancia que

para una sociedad que su educación sea de alta calidad y que incorpore los avances de la humanidad. Zea llama a la juventud neogranadina a “intentar que unidos todos como buenos patriotas, hagamos frente al fanatismo, rompamos las cadenas que estos infames déspotas de la literatura pusieron a nuestros entendimientos y sacudamos el yugo de la servidumbre filosófica.”

Esta oposición a la educación colonial lleva a los jóvenes neogranadinos a formarse al margen de la “universidad”. Llenan sus bibliotecas con textos avanzados de las ciencias naturales e incluso construyen sus propios barómetros, termómetros, telescopios y demás instrumentos científicos. Guiados por la consigna de “vocación y renuncia” de José Celestino Mutis, varios jóvenes ilustrados como Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, Jerónimo Torres y Francisco José de Caldas, renuncian al ejercicio de sus lucrativas profesiones de abogados para dedicarse al estudio de la historia natural. Se trata de la firme decisión de una generación de defender la verdad por encima de sus intereses personales, porque no sólo renunciaban a las riquezas de la abogacía, sino que también debían confrontar los cuestionamientos de sus familias y, por supuesto, la persecución de las autoridades españolas, que se acentuó luego del Levantamiento de los Comuneros.

La rebeldía académica desencadenó la rebeldía política contra el régimen colonialista. Estudiantes del Colegio Mayor del Rosario y del Seminario de San Bartolomé crearon

grupos clandestinos conocidos como círculos de lectura, donde intercambiaban opiniones sobre ciencia, literatura y política. Jóvenes como Sinforsoso Mutis, José Ayala, Miguel Cabal, Antonio Nariño, Camilo Torres y Jerónimo Torres convierten sus cuartos estudiantiles y casas particulares en espacios de intensos debates académicos y políticos. Es en estos círculos y tertulias donde los estudiantes planifican el “complot de los pasquines”, actividad que llevaría a muchos de ellos a los calabozos de Cádiz.

El 19 de agosto de 1794 la ciudad de Santafé amaneció llena de pasquines que retomaban la conocida consigna de los Comuneros “lo que no ha sido será”, en protesta por el cobro del estanco. El escribiente de las Cajas Reales en Santafé, Francisco Carrasco, afirmó entonces que los pasquines tenían el “detestable fin de exasperar los ánimos de la plebe”, poniendo en evidencia el carácter contestatario de la juventud neogranadina de finales del siglo XVIII. Conocedor de lo que sucedía dentro de las instituciones educativas, el virrey José de Ezpeleta ordenó investigar a los estudiantes. El proceso, conocido como el de los *pasquinistas*, se complicó aún más porque el “complot” coincidió con el descubrimiento de la impresión clandestina de *Los derechos del hombre* de 1789, hecha por Antonio Nariño. La represión no se hizo esperar y, como lo expresó Camilo Torres, “ya no había hombre que no temiese a su arresto”. Una decena de jóvenes, entre los que se encontraban Antonio Nariño, Sinforsoso Mutis,



Policarpa Salavarieta, la Flor del Coraje. Dibujo.

José Ayala y Miguel Cabal, fueron declarados culpables y enviados a las cárceles de Cádiz.

La actividad conspirativa de la juventud defensora de la independencia no se limitó a la publicación de unos cuantos pasquines. En octubre de 1809 Antonio Nariño, Andrés Rosillo y Baltazar Miñano diseñaron un plan para deponer al virrey y establecer una Junta de Gobierno. El plan fracasó por la ingenuidad de uno de los conspiradores, pero esto no detuvo a tres jóvenes, José María Rosillo, Carlos Salgar y Vicente Cadena, para armar a las poblaciones del Meta e intentar la conquista del poder. Por su inexperiencia, el movimiento armado sobrevivió tan solo un par de meses, pero contribuyó a elevar los ánimos de quienes en 1810 derrocarían al virrey Amar y Borbón.

Los aportes de la juventud a la independencia de la Nueva Granada fueron fundamentales para la

construcción de una nación libre y soberana. No fue sólo su defensa de los conocimientos más avanzados de la humanidad, sino también su participación directa en actividades conspirativas como la de 1794. Su rebeldía contra las formas atrasadas de la dominación española fue un baluarte del Grito de la Independencia, actitud que ya había sido advertida por el periodista cubano Manuel del Socorro Rodríguez cuando en 1795 alertaba al rey sobre los “excesos de la juventud”.

La historia demuestra que el papel de la juventud es determinante en la transformación de una sociedad. En la Colombia de hoy, esta idea permanece vigente con las patrióticas luchas de los jóvenes colombianos por la defensa de la soberanía y la democracia.